

# **El sospechoso**

**Autor: Juan Ignacio Sanz**

La sala de interrogatorios es una habitación estrecha y oscura en la que hay una mesa de madera, de aspecto macizo, una lamparita de mesa y un par de sillas de plástico cubiertas de una tela sobada y desgastada por el uso. En una de ellas está sentado Ugalde, quien apenas puede ver más allá del potente haz de luz que se vierte directamente sobre su cara, destacando inmisericordemente su piel salpicada de manchas de color indeciso; sus asustados ojos verdes; su marchita boca de labios finos, ásperos y sin color; su afilada nariz, digna de un judío y su terca barba de tres días que le hacen parecer, no ya tres días, si no 10 años mayor de los cuarenta y tres que tiene. Lo único que muestra un carácter risueño en su faz es el pequeño hoyuelo que tiene en la barbilla.

El comisario Cabrera, situado detrás de la lámpara en una postura amenazante, no se compadece del hombre que deslucen tan esperpéntica imagen. Se desajusta el nudo de la corbata y saca un cigarrillo negro del bolsillo de su camisa blanca ya arrugada y surcada por grandes manchas de sudor por culpa de las horas que lleva trabajando. Son las once de la noche, y aunque este interrogatorio solamente ha durado una hora, al comisario le parece que lleva todo el día intentando sacar algo en claro de las balbuceantes palabras de Ugalde.

Cabrera enciende parsimonioso el cigarrillo, como siguiendo un ritual. Saca un mechero Zippo del bolsillo derecho de su desgastada americana negra, que está apoyada en el respaldo de la silla que tiene delante de él. Con un rápido movimiento de su mano izquierda, enciende el mechero que desprende una llama alargada y de un límpido color amarillo. Se lleva el cigarrillo a la boca de labios grandes, traspasados en el lado derecho por una pequeña cicatriz. Acerca la vigorosa llama a la punta del cigarrillo y aspira fuertemente. Tose un poco. No fumaba desde las tres de la tarde, cuando, después de la grasienta y colesterólica comida en el bar que queda enfrente de la comisaría, había recibido con agrado un purito Farias, invitación de la casa. "Para terminar de matar a uno", pensó en ese instante. "Primero te llenan la barriga de grasa, calorías y acidez, y luego te dan un cigarro para que la mezcla en tu estomago sea tan explosiva como para mandarte al otro barrio antes de encontrar la puerta de salida del local".

La segunda calada le sienta mejor. Aunque se había propuesto dosificar el número de cigarrillos que fumaba al día, siempre tenía a mano un paquete de tabaco. "Para invitar", decía; "o para dar a los sospechosos e invitarles a hablar relajadamente". Al soltar el humo de la tercera calada, Cabrera se fija en el hombre que está sentado en la mesa, que no deja de mirarle con gesto asustado.

Cabrera echa hacia atrás la silla y se sienta, abriendo mucho las piernas y encorvándose ligeramente hacia delante. Acerca su cara a la de Ugalde intentando ofrecer un aspecto intimidatorio. Vuelve a fumar y le pregunta:

-¿Me puedes volver a contar porqué has matado a ese escritor?

-Pero, si yo... no, no le he matado.- responde temeroso Ugalde.

-Es la décimo quinta vez que te oigo decir eso.- se enfada el comisario y descarga un fuerte golpe con la mano derecha en la robusta mesa. -No tengo ninguna prisa. A mí no me espera nadie en casa.- añade Cabrera.

Luego se da la vuelta y sin mirar al sospechoso, abre la puerta y sale de la salita. Cuando vuelve a la sala de interrogatorios trae un café. Al entrar en la habitación, se dirige a Ugalde.

-Tú sigue ahí calladito que ya veras la que te va a caer. Yo ahora me tomo este café y tú mientras vete pensando lo que me vas a decir. Piénsatelo bien, eh. ¡A ver qué me cuentas!

-Pero... si le he dicho....- comienza Ugalde, pero es interrumpido por el comisario.

-He dicho que te calles y pienses. A ver si me dejas tomarme este café tranquilamente.

Cabrera sorbe un poco del oscuro líquido que tiene un aspecto similar al agua sucia.

-Mierda, casi me quemo.- masculla.

Mientras Cabrera bebe del vaso de plástico blanco, Ugalde piensa en qué ha hecho mal para estar en comisaría precisamente esa noche. "¿Cifuentes está muerto? No puede ser. Lo último que recuerdo es que Cifuentes me había servido una copa de vino tinto mientras hablábamos de...

-¿De qué hablabais?- pregunta el comisario, agachándose un poco y acercando su poderosa cabeza a la de Ugalde.

-¿Qué?- inquiera Ugalde, ensimismado en sus pensamientos.

-Te he preguntado que de qué coño estabais hablando.

-¿Cómo sabe...?

-Vamos, amigo. No sé qué se te ha pasado por la cabeza, pero estabas hablando en alto. Parece que no dominas tu pensamiento.

Cabrera da un fuerte golpe con la palma derecha en la mesa y el vaso de plástico blanco se tambalea hasta caerse. El café, que huele a rancio, se derrama por la mesa.

-A tomar por culo el café. Éste me lo vas a pagar.- amenaza. -¿Me quieres decir de una vez de qué estabas hablando con quien fuera?

-Con Cifuentes. Realmente yo no conocía a Cifuentes. Bueno, sí le conocía, todo el mundo le conoce. Es un famoso autor de libros. De “El legado”, ni más ni menos. Lo que quiero decir es que no le conocía en persona hasta hoy.

El comisario le mira fijamente, como si estuviera estudiando el rostro demacrado de Ugalde.

-¿Ya te has decidido a hablar?- pregunta retóricamente Cabrera. -Muy bien, soy todo oídos, amiguito. ¿Va a ser muy largo?

-Creo que sí. Si de lo que le cuente depende que salga de la comisaría y pueda dormir esta noche en mi casa, será mejor que se acomode.

Cabrera asiente. Saca un nuevo cigarrillo de la chaqueta y se lo ofrece a Ugalde. Éste le indica con un gesto que no fuma. Cabrera se acerca el cigarrillo a la boca y vuelve a repetir el ritual que había realizado momentos antes. Mientras suelta el humo de la primera calada, se acomoda en la silla donde tiene colgada su chaqueta. Se afloja la corbata y se pone cómodo.

-Adelante. Ayúdame a que te suelte.

“Está bien. Debería empezar hablando de él. De Cifuentes. Es un autor muy conocido y supongo que a mucha gente le habrá conmocionado que esta noche le hayan encontrado muerto. Su primer libro, “El legado”, se publicó en 1948 y pronto fue un importante éxito. Con el tiempo, es una obra que ha sido estudiada en los colegios y forma parte del olimpo de obras literarias españolas más destacadas del siglo pasado, junto a joyas como “La colmena” o “Tiempo de silencio”.

El problema de Cifuentes fue que era demasiado joven para asimilar aquel éxito. Tenía sólo 24 años cuando publicó “El legado”. Sus posteriores obras nunca llegaron a alcanzar la grandiosidad de aquella “opera prima”. Aquello le fue sumiendo en una profunda crisis existencial que le llevo a retirarse de la literatura a los 48 años, en 1972. Hasta esa fecha había publicado seis novelas más con escaso éxito: pocas ventas, malas críticas, peores ediciones e inexistente publicidad. Su voz se fue apagando a medida que cumplía años y, a finales de los años 60, ni siquiera sus amigos más allegados y cercanos le apoyaban públicamente.

El año de su retirada es crucial en su vida. Nadie supo por qué, pero de un día para otro, Cifuentes desapareció. Como si hubiera muerto. No respondía a las cartas de sus amigos, no atendía las llamadas de sus editores, ni siquiera contestaba los recados de los periódicos y las revistas que le requerían para publicar alguna columna o artículo. Y tampoco tenía familiares cercanos que pudieran dar pistas sobre su paradero.

Durante treinta años nadie ha sabido de él. Al principio, en los círculos literarios se comentaba que su desaparición era un acto de rebeldía. Otros pensaban que era una obra de arte. Aseguraban estos que haber dejado de escribir en un momento tan importante, con 48 años, cuando la experiencia de un escritor está en un punto culminante y puede volcar esa sabiduría en cientos de páginas, demostraba que Cifuentes era un elegido, un ser extraordinario que cualquier día aparecería con una obra maestra bajo el brazo para demostrar al mundo que no había desaparecido realmente. Simplemente estaba juntando un grano de arena tras otro para conformar una nueva cumbre de la literatura en castellano.

Con el tiempo, viendo que nadie sabía nada de Cifuentes y que éste tampoco se asomaba al mundo para decir “Aquí estoy. He vuelto”, la gente comenzó a olvidarse de él. Según pasaban los años, su leyenda se acrecentaba hasta tal punto que pareció que se veneraba a una persona muerta. Siempre que se le citaba, en radio, televisión o prensa, se hacía en pasado. “Cifuentes fue un autor fundamental en la renovación de la literatura española de los años 50”, se puede leer en numerosos libros de texto. Incluso hubo una enciclopedia que le daba por muerto: “Ramón Cifuentes, (Bilbao, 1924 – Madrid 1972)”. Tampoco él hizo nada por desmentir su posible muerte.

Cifuentes era un autor vivo en sus libros, aunque no en todos. Solamente en uno, en su primera obra. Yo leí “El legado” muy joven, con 15 años más o menos. Y me subyugó. Durante muchos años, “El legado” me fascinó de tal manera que no recuerdo ni un solo día durante los años siguientes, prácticamente hasta que acabé la carrera universitaria, en que no me hiciera compañía esa novela. Me sentía tan enormemente hechizado por las palabras que contenía que, por culpa de aquel libro, se forjó mi vocación frustrada: ser escritor. Y una necesidad: averiguar dónde se encontraba Cifuentes. Quería saber qué había pasado para que desapareciera. Tenía que encontrarme con él para entender su postura silenciosa y para que me transmitiese su “legado” de maestro de la literatura. Así, bendecido por Cifuentes, yo podría comenzar mi propia carrera literaria.

Y como pasa en una novela de Paul Auster, me convertí en detective sin serlo y me lancé a la calle en busca de un fantasma, un ser del que no sabía ni ya dónde vivía, ni siquiera si seguiría vivo. Pasé cerca de cinco años investigando y buscando pistas sobre su paradero hasta que, hastiado de no encontrar ni un mínimo resquicio de la suerte de Cifuentes, llegó un momento en que, debido a la mala vida que llevaba, enfermé.

Tras un año ingresado en un hospital, decidí olvidarme de Cifuentes y continuar adelante con mi propia vida. Fueron años buenos, se puede decir. Logré una plaza de profesor de Lengua

en un instituto cercano a mi casa, y conocí el amor gracias a dos o tres mujeres que me demostraron que la vida real puede ser mucho más hermosa que la vida inventada o la vida ideal. Ellas consiguieron aferrarme a la realidad y lograron que Cifuentes se alejara de mis pensamientos. Con la última de esas mujeres me casé. Y todo fue bien hasta que ocurrió algo inesperado, de lo que prefiero no hablar.

En aquel momento la tristeza que me embargó derivó en obsesión y Cifuentes, como si fuera un fantasma, volvió a merodear por mi cabeza. Me parecía que se estaba haciendo realidad lo que Cifuentes contaba en “El legado”: un muerto ejercía su influencia sobre un vivo para dejarlo tan maltrecho como si le estuviera sorbiendo la vida. De aquellos años críticos nació una novela, la única que he escrito hasta ahora. Es muy larga, unas 500 páginas. Hace una semana que recibí la llamada de una editorial que tiene la intención de publicarla, con una edición muy cuidada y con una tirada inicial de 1.500 ejemplares. No piense mal. Para este país y siendo un autor desconocido, esa cifra que parece insignificante es muy habitual. Me puedo dar con un canto en los dientes. Es lo único que he sacado en claro de mis 43 años de vida.

Pero creo que me he acercado mucho a hoy. Antes debo decirle que conseguí encontrar a Cifuentes. Fue por pura casualidad. El verano pasado estuve una semana visitando a un viejo amigo que vive solo en un caserío aislado en medio de la sierra de Aralar, en Navarra. Un lugar único en España, donde el verdor de los montes se funde con la blancura de la niebla y crea un nuevo color que solamente se puede apreciar allí. Un extraño lugar para dejarse llevar en la vida. A uno se le encoge el alma al sentirse aislado entre las montañas y con la visibilidad reducida por culpa de esa eterna niebla que acompaña los días y las noches.

No sé por qué razón decidí llevarme una edición del primer libro de Cifuentes, junto con un extracto de mi novela, que entonces sólo era un proyecto, para regalárselo a mi amigo. Él me agradeció mucho aquel presente. Quizás porque mi sola visita le alegraba tanto como a un náufrago le alegra avistar un barco salvador a millas de la solitaria isla en la que se encuentra.

Meses después, aquel amigo me llamó para decirme que le había gustado mucho el libro de Cifuentes y que iba a ir a la ciudad a comprar algún libro más de ese autor. Le comenté que no le iba a merecer la pena gastarse su dinero en las otras novelas de Cifuentes, ya que eran vulgares y de escasa entidad literaria.

Parece que no me hizo caso. Hace apenas un mes, ese buen amigo me volvió a llamar y me contó que había visto a Cifuentes viviendo en un caserío cercano al suyo. En aquella tierra, cercano puede significar dos o tres kilómetros. Tal es el aislamiento que padecen quienes eligen vivir allí. Le pregunté que cómo sabía que era Cifuentes. Me dijo que se había comprado un libro titulado “No abran la puerta” y que en la solapa venía una foto del autor. Me aseguró que su vecino era Cifuentes. Mi amigo no sabía nada de la obsesión que supuso para mí durante muchos años el autor de “El legado”. Ni siquiera sabía que había estado mucho tiempo buscando el lugar donde se encontraba. Decidí que, aunque ya no me obsesionara Cifuentes como antaño, debía intentar encontrarme con él, aunque solo fuera para agradecerle que escribiera “El legado” y contarle la extraña historia que es mi vida.

-¿Has hablado con él ya?- le pregunté a Joaquín.

-No. Parece un poco huraño. He estado preguntando en el pueblo y nadie parece saber mucho de él. Dicen que llegó aquí hace muchos años pero que muy pocas veces ha bajado al pueblo, y menos las veces que ha hablado con alguien. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres conocerle?

-Claro que quiero.

-No te preocupes. Déjame a mí. Te llamo en una semana.

No pasó ni una semana. Dos días después, el propio Cifuentes me llamaba a casa. No tuve tiempo ni de hablar con mi amigo antes ni de preparar lo que iba a decirle a Cifuentes si me encontraba con él. Hablamos poco. Su voz sonaba áspera y fuerte, como si padeciera un catarro remolón o fuera un fumador empedernido. Me habló de mi amigo y de mi novela. Mejor dicho, habló del extracto de mi novela que yo había dejado a mi amigo. Cifuentes me dijo que quería

encontrarse conmigo, pero no en su caserío. Él viajaría a Madrid en breve y cuando se hubiera establecido en algún hotel, me volvería a llamar para concertar la cita. Antes de despedirse, me encareció tenazmente a que le llevara mi novela completa.

-Me ha interesado mucho lo que he leído.- alabó Cifuentes antes de colgar el teléfono.

Cabrera se ha quitado la corbata y se ha desatado los botones superiores de la camisa, que está adquiriendo un inequívoco color amarillento. Hace un gesto con la mano a Ugalde para que se silencie su voz y se levanta pesadamente.

-Tranquilo. Hostia, la una y cuarto.-dice asombrado tras mirar su reloj digital con correa de plástico negro. -Es tardísimo y todavía no me has convencido.

-Pero...- empieza a decir Ugalde.

-Ya, ya sé.- le interrumpe Cabrera. -He dicho que voy a escuchar todo lo que me cuentes y luego sacaré mis conclusiones. Pero me apetecía descansar un poco y tomar algo. ¿Quieres un café?

Ugalde niega con la cabeza.

-¿Algo más fuerte, entonces?- pregunta Cabrera.

-No, gracias. Esperaré a llegar a casa.- contesta Ugalde.

-Bueno, amigo. Todo lo que me has contado hasta ahora está muy bien. Pero el meollo de la cuestión empieza ahora. En este momento es cuando debes medir cada una de tus palabras, de lo contrario, ya sabes: todo lo que digas puede ser utilizado en tu contra y toda esa parafernalia que ya conoce todo el mundo por culpa de las series de televisión. Si me perdonas...no tardaré mucho.

Cabrera recoge la chaqueta del respaldo de la silla y se la pone. Se abrocha los botones superiores de la camisa y enciende un cigarrillo con el ritual acostumbrado. Antes de salir se da la vuelta y mira fijamente a Ugalde.

-Por tu culpa he incumplido mi número de cigarrillos diarios. Mañana casi no podré fumar.

Ugalde le sonríe. Tras contar su historia está más relajado.

-Mejor para su salud.- se atreve a contestarle.

Afuera llueve. Cabrera sale de la comisaría cubriéndose la cabeza con la chaqueta. Mira a los lados de la calle y con el cigarrillo en la boca hace una mueca de disgusto. Cruza la calzada corriendo y se adentra en un callejuela oscura. Un cartel de neón ilustra las supuestas bondades de un antro nocturno: "Señoritas". Cabrera entra dentro sin saludar al gorila que hay en la puerta. Tres chicas sudamericanas le reciben en la barra del bar. Llevan tan poca ropa que no dejan lugar a la imaginación y caminan sobre unas plataformas estratosféricas. Cabrera, levantando el brazo derecho, se acerca a la barra.

-Tranquilas, que no vengo a deteneros. Ponme un cubata, Leonor.

Leonor es una mulata gorda con la cara muy pintada, senos generosos y uñas de bruja que prepara la copa en un minuto.

-Aquí tiene, comisario.  Todav a está de servicio?

-S , cariño, como vosotras. Estoy interrogando a un sospechoso de asesinato.

-Y a quién han matado, si puede saberse, papito.-pregunta inocentemente una de las chicas.

-A un escritor. A uno muy conocida.- el comisario eleva la mano derecha con el dedo índice erguido, sintiéndose importante delante de las putas.

Cabrera recoge la copa que Leonor le ha servido y se toma la mitad de un trago.

-Qué sed tra as.- le dice Leonor. - Vas a querer otra?

-No. Luego quizás. Cuando meta a ese en el calabozo.

Leonor hace una se a a una de las chicas y ésta se acerca al comisario que está entretenido buscando un cigarrillo. La chica se pone a su espalda y le acaricia el grueso cuello.

- Tienes tabaco, Leonor?- pregunta Cabrera, que se vuelve furioso y aparta a la chica de su lado.

-Claro, amor. Ahorita te lo traigo.  Qu  pasa hoy?  No te apetece?

-Te he dicho que estoy trabajando. Dame ya ese tabaco.

Cabrera echa un vistazo al local que está más muerto que vivo. Dos chicas languidecen en una lúgubre pista de baile esperando la entrada de algún cliente despistado y más borracho de la cuenta. El único que hay magrea de una manera grosera a una chica bajo la parpadeante luz roja que se enseñorea del local.

Cabrera termina lo que queda de su copa. Recoge el paquete de cigarrillos que le ondea Leonor y escupe en el suelo.

-Mierda. Casi me trago una pepita de limón. Tienes que tener más cuidado, Leonor. Bueno, me voy. Que tengo que enchironar a uno.

Cabrera se vuelve mientras Leonor suspira aliviada. Da unas leves palmadas y con un gesto indica a las tres chicas que suban arriba.

-¿Decías algo, Leonor?- pregunta Cabrera volviendo la cabeza hacia dentro.

-Nada, César, que hasta luego.

-Hasta luego. Lo que faltaba...- barrunta el comisario.

Sale y se para junto a la puerta a encender un último cigarrillo antes de volver a entrar en la comisaría. Se coloca el cigarrillo en la boca y vuelve a ponerse la chaqueta por encima de la cabeza para guarecerse de la áspera lluvia. Recorre el camino de vuelta corriendo y dando saltos para no caer encima de un charco. Antes de entrar en comisaría, tira el cigarrillo medio fumado. Al final de la calle ve un taxi blanco que se aleja. Abre la puerta y entra dentro.

-Vaya noche, Mauricio, vaya noche. Voy a ver si acabo con el tipo ese. Tengo ya ganas de irme a casa a dormir.- dice Cabrera.

-Le hemos soltado, señor comisario.- le anuncia Mauricio, alto y delgado como una caña de azúcar. También moreno.

-¿Cómo que le habéis soltado?- pregunta enfurecido Cabrera.

-Sí, señor. El detective Fernández ha encontrado esto en la habitación de Cabrera. Es una nota de suicidio. Al parecer, Cifuentes estaba gravemente enfermo y había dispuesto todo para

suicidarse esta noche. Que el señor Ugalde estuviera con él esa misma noche es pura casualidad. Esto lo confirma. Léala y lo comprobara. Además, hemos encontrado restos de cianuro en una de las copas de vino. La que bebió Cifuentes.

Cabrera coge con disgusto la nota que le entrega Mauricio. La lee detenidamente y su gesto de enfado va tornándose en un gesto de incredulidad.

-¿Pero esto significa...?- no termina su pregunta Cabrera.

-Me temo que sí. El cazador cazado en su propia trampa.- responde Mauricio siguiendo la línea de pensamiento de su superior.

-En fin, esta gente es capaz de todo. Alguien que vivía aislado tanto tiempo...

-¿Me puedo ir ya? Es muy tarde.- pide Mauricio.

-Claro. Será mejor que todos nos recojamos en nuestras casas.- le dice Cabrera.

Mauricio se despide con un gesto de la cabeza y se encamina hacia la puerta de salida.

-Una cosa antes de que se vaya, Mauricio.- dice Cabrera dándose la vuelta hacia su subordinado.

-Dígame.- dice Mauricio, que ha abierto la puerta y se dispone a salir.

-¿Han pedido a Ugalde su dirección por si acaso?- pregunta el comisario.

-No, señor. No creo que haga falta.- responde Mauricio.

-Está bien.- dice Cabrera ensimismado.

Mauricio ha abierto la puerta y la sostiene con la mano derecha. En ese momento parece que recuerda algo.

-Se me olvidaba, señor.- dice Mauricio sin volverse hacia Cabrera.-Antes de irse Ugalde me ha dicho que le diga a usted algo.

-¿Y qué es, si puede saberse?- pregunta Cabrera.

-Que a él tampoco le espera nadie en casa.

**FIN**